

**BIBLIOTECA**  
**Villegas**  
Centro de Historia Regional

Villegas tiene historia

## Un galope a través del pasado

Valentin Melville





# Un galope a través del pasado

Valentin Melville

Centro de Historia Regional  
Biblioteca Pública Municipal y Popular «Domingo F. Sarmiento».  
General Villegas (Buenos Aires).

Directora de Bibliotecas  
Nieves Castillo

Responsable del Centro  
de Historia Regional  
Sandra Moreno

Notas y comentarios  
Hebe Uriarte de Gómez

Edición  
Laura González Oddera

Diseño y diagramación  
Alejandra Pedrini

Un galope a través del pasado © 1964 by Valentín Melville is  
licensed under CC BY-NC 4.0. To view a copy of this license,  
visit <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/>

**BIBLIOTECA**  
**Villegas**  
Centro de Historia Regional

Valentin Melville

Un galope a través del pasado





*El Centro de Historia Regional presenta la reedición de las memorias del señor Valentin Melville, publicadas originalmente por el periódico Crónicas, en distintas entregas, durante el año 1964. La presente edición incluye comentarios y correcciones que enriquecen el texto, y recupera uno de los testimonios más relevantes de nuestro pasado.*







Hay muchos en este Partido de General Villegas más viejos que yo; más conocedores que yo; más observadores que yo; más inteligentes que yo é [sic]<sup>1</sup> infinitamente más capacitados que yo para escribir este artículo que trata del pasado.

De un pasado aún reciente para nosotros que peinamos canas pero bastante alejado mirado por los ojos de la juventud. Evocaré algo que he encontrado escrito; algo que recuerdo por propia experiencia y algo por las anécdotas de mi padre.

Lástima que no sea él quien relatara las penurias y sufrimientos padecidos en aquellos lejanos días cuando las pampas villeguenses era [sic] todavía potro bravo y alguien tenía que ponerle freno.

Es lamentable que hay [sic] tan poco escrito sobre la era pobladora de nuestro Partido. Sabemos más de lo más antiguo que de lo más reciente. Hay más escrito sobre la época heroica de las campañas contra los indios que de la conquista y domesticación de la tierra.

A este entonces habré de referirme, pero desgraciadamente cuento con tan pocos y tan magros recursos que me es difícil hacerle debida justicia. Otros que podían haberlo hecho mejor que yo no lo hicieron y quienes aún lo pueden hacer con mayor capacidad que yo, no lo hacen. Ojalá que mi ejemplo los mueva a tomar sus plumas y documentar relatos antes que el pasar de los años borre las huellas de nuestra pequeña historia y la posteridad viva ignorando el génesis agropecuario villeguense.

---

<sup>1</sup>- A lo largo del texto, el lector encontrará palabras con errores ortográficos, usos incorrectos del lenguaje, modos arcaicos, etcétera. Si bien están marcados, creemos importante aclarar que posiblemente se deban a que el Sr. Valentin Melville fue criado en un hogar en el que el idioma inglés era el predominante, y de ahí sus dificultades al escribir en castellano

Aunque no está precisamente en el Partido de General Villegas pero sí en el distrito vecinal de Ameghino, donde tenemos el primer informe de un establecimiento ganadero en la zona. Creo que nuestros buenos vecinos de General Pinto no se resentirán si consideramos a «Media Luna» como algo nuestro también, dada su proximidad, pues [sic] de él se trata.

No solo por ser el primero sino por las singulares circunstancias de su compra y formación permitiré extenderme en su relato.

En el año 1877 llegó a la Argentina un joven norteamericano que se llamaba George Harkness Newbery. Vino en busca de aventuras y de posibles inversiones en esta tierra de latente promesa.

En 1879 se trasladó hasta Bahía Blanca y con un indio llamado Luan de baquiano resolvió cruzar de a caballo las recién conquistadas pampas y al mismo tiempo trataría de ubicar algún terreno para su eventual adquisición. De esta manera atravesó toda la longitud de la Provincia hasta llegar a Italó. En este lugar, según notas dejadas por él, se encontraron con un gaucho llamado Aguilar que vivía de la caza y que llevaba consigo varios alones de avestruces que había boleado<sup>2</sup>.

Suponiendo que por su oficio Aguilar sería buen conocedor de la zona, Newbery le preguntó donde [sic] se encontraban los mejores campos por estas partes. Sin titubear Aguilar le hizo señas hacia el poniente y como buen gaucho ofreció acompañarlo hacia ellos. Durante 3 días marcharon al Oeste. Newbery notaba [sic] que las tierras se iban poniendo cada vez más arenosas y su contorno más árido y observó a su guía que los campos empobrecían en vez de mejorarse. Aguilar asintió añadiendo que abundaban las gamas y avestruces a donde lo traía. Newbery aclaró que no buscaba los mejores campos para cazar, pero sí para criar ganado. Entonces Aguilar le dijo que diera vuelta y que siguiera derecho.

Así fue como Newbery y Luan llegaron a las inmediaciones de Fortín Media Luna. Ahí dieron con un viejo paradero de los indios donde solían descansar y abreviar las haciendas que traían consigo después de sus malones al Norte y Oeste.

Quizás por virtud del talado de los pastos duros y la concentración de abono animal, las hierbas de ese lugar llamaron poderosamente la atención a Newbery y resolvió comprar ahí mismo.

Con gran regocijo se dirigió hacia Buenos Aires y en sus notas relata que había un millón de acres de inmejorables tierras fiscales que prácticamente se regalaban para quienes deseaban la posesión de ellas. Tal era su entusiasmo, que volvió enseguida a N. América [sic] para tratar de persuadir a otros compatriotas que invirtieran capital en adquirir campo en las pampas argentinas; pero su optimismo no halló reciprocidad y solamente su hermano le dió [sic] dinero para adquirir en sociedad 42.000 acres (20.000 hectáreas aproximadamente) de tierras fiscales y que denominaron «Media Luna». Eso fue el año 1880.

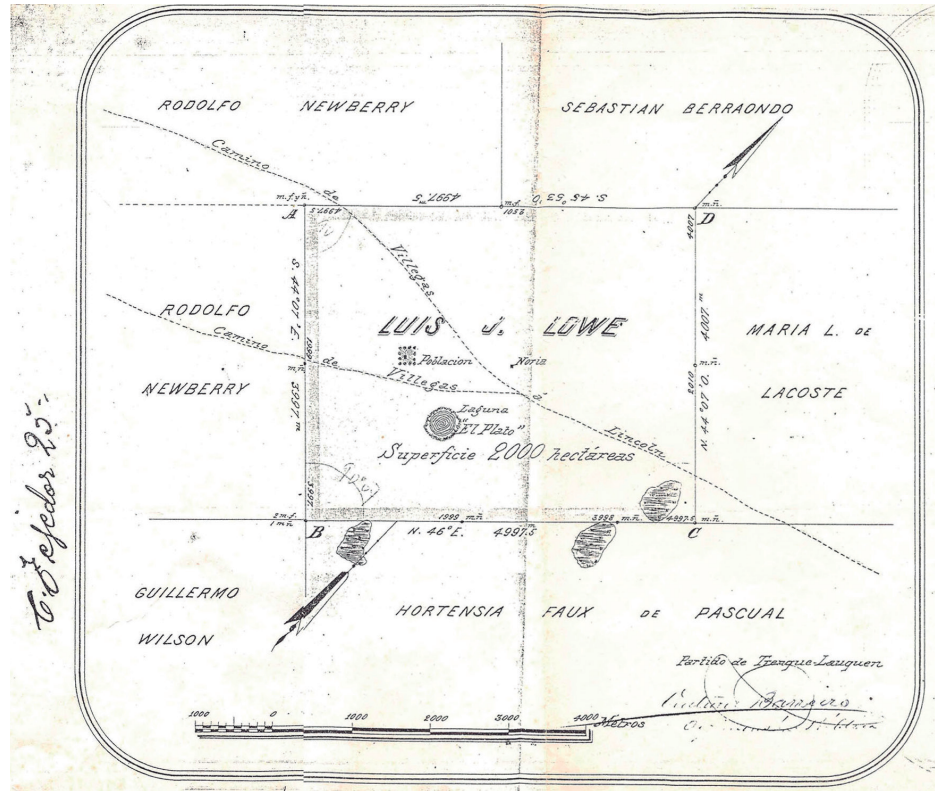
Una vez escriturada la propiedad del campo Newbery compró en establecimientos cercanos a la Capital Federal 4.500 vacas «prácticamente por el valor de sus cueros» según sus notas. Salió con ellas en dos tropas. En la primera

---

2- No son avestruces -aves propias de África- sino ñandúes, aves americanas del mismo orden, pero pertenecientes a distintas familias.

iban Newbery con tres «cowboys» norteamericanos<sup>3</sup> y la segunda tropa venía 4 leguas atrás arreada por gauchos.

Cuando Newbery llegó a «Media Luna» notó que la segunda tropa levantaba una gran polvareda y que los reseros la traían a todo galope. Muy fastidiado preguntó al capataz porque [sic] arriaba la hacienda de esa manera.



Mapa: tierras Newbery

Eleuterio Gómez, el capataz aludido, contestó que andaban los indios. Prosiguió diciendo que por un hombre que se había unido a ellos se anoticiaron que a un tal Romero y sus 7 acompañantes que estaban 4 leguas al Sud los habían matado los indios y sus haciendas habían sido llevadas.

Con la única excepción de un «cowboy» denominado Raper todos los demás pidieron sus cuentas y se fueron atemorizados.

Tal abandono provocó grandes trastornos ya que la hacienda una vez descansada trataba de volverse a sus querencias y resultaba tarea sobrehumana para dos hombres poder contenerlas.

Al anochecer y casi exhaustos Newbery y Raper volvieron a su toldo de cueros para poner un asado al fuego. Mientras se hacía el asado de pronto divisaron en la obscuridad unas siluetas humanas que avanzaban hacia ellos sigilosamente. De inmediato Newbery se puso de pie [sic] y dió [sic] el grito de «¡Quién vá [sic]!»

«¡Amigos!», vino la respuesta.

Al acercarse a la luz del fuego aparecieron ¡15 indios!

Confesó Newbery que sintió tal debilidad en las piernas que volvió a sentarse haciendo un gesto de invitación a que los indios hicieron [sic] lo mismo.

3- Los Newbery empleaban cowboys norteamericanos para el trabajo en sus propiedades.

El indio que hacía de cabecilla hizo un ademán a los otros que se fueron a cortar dos grandes trozos de carne y la pusieron a asar sentándose alrededor del fogón con el jefe al lado de Newbery.

Pasó una hora de tenso silencio sin dirigirse palabra alguna. Por último Newbery preguntó al cabecilla si venían de lejos.

-«De Salinas Grandes», contestó.

¡Salinas Grandes! ¡Habían sido entonces de la indiada del feroz Calfucurá!

«Gran cacique, Calfucurá», prosiguió Newbery, «me lo dijo un indio que se llamaba Luan».

-«¿Ud. conoce a Luan?», preguntó el indio. Desde ese momento Newbery notó un leve relajamiento en la desconfianza del indio ya que Luan era conocido de ambos. Así y todo tanto Newbery como Raper temían que si se dormían sería su fin. Por consiguiente hicieron grandes esfuerzos para mantenerse despiertos pero el tremendo cansancio producido rondando las vacas los dominó.

A la madrugada Newbery se despertó de sobresalto y observó mucho movimiento entre los indios; algunos venían de a caballo y otros salían.

El jefe al verlo despierto se arrimó y le dijo que las vacas se iban extraviando y había mandado su gente a juntarlas y agregó que si Newbery quería, le trabajarían por un mes por un pago de 15 patacones y una vaca de comida por día! Así de improviso encontró solución a todos sus problemas nuestro pionero.

Más tarde el indio se ofreció hacerle una casa de adobe si lo deseaba ya que había aprendido hacerlas [sic] cuando estaba preso en Dolores, pero les faltaba [sic] maderas para sostener el techo. Newbery se trasladó con unos indios hasta Fortín Lavalle (Gral. Pinto) y obtuvo permiso del oficial al [sic] cargo del Fortín para cortar unos sauces allí existentes y con ese material según palabras de Newbery «nos pusimos a trabajar y antes de mucho habíamos construido la primera casa en esa parte del mundo».

Acá doy fin a la historia de «Media Luna» y de cuyo relato estoy endeudado al señor Diego Newbery, hijo de George Newbery, que publicó las notas de su padre en el libro «Pampa Grass».

Pocos años estuvo George Newbery en «Media Luna» después de poblarla. Su espíritu inquieto lo llevó hasta Nahuel Huapí donde compró terrenos y pasó sus últimos años.

Mi padre lo conoció cuando vino a poblar el campo «Fortín Díaz» en el año 1881<sup>4</sup> y conoció también a dos de sus «cowboys», llamados Crockett y Jones, eximios jinetes que había visto jineteando potros mientras tocaban un acordeón.

Tres meses antes de venir mi padre a poblar «Fortín Díaz» (hoy El Día) había llegado don Miguel Ross a poblar «La Belita». Puedo decir que la población de dicho establecimiento marca un peldaño histórico de nuestro Partido ya que era el primer casco de estancia que se levantó a base de materiales modernos pero manteniendo en su construcción rasgos significativos de lo antiguo recientemente pasado. Tan recientemente pasado que a aquellos viejos pobladores costábales creer que se habían ido. Por esa razón cuando se construyó «La Belita» se hizo con un mirador y con troneras para divisar y resistir cualquier retorno de los malones. Era el eslabón que unía dos épocas.

El terror que había inspirado Calfucurá y sus huestes perduró varios años después de su desaparición.

### **Traduzco textualmente del libro de partes diarios de Estancia «La Belita»:**

«**26 de Enero de 1886: Invasión India a Victorica.** Avelino Urquiza ha vuelto de Fortín Hoz, dice que los indios han entrado en Victorica y matado mucha gente».

No es del todo inconcebible que los gauchos y pobladores siguieran creyendo en la amenaza del indio y de su posible retorno cuando tomamos en cuenta el aislamiento en que vivían y la posible lentitud con que se difundían las noticias, como también de la ineficacia de campañas anteriores a la de Roca que no hicieron más que provocar contragolpes más furiosos y sangrientos como réplica.

Cuando a mi padre se le ofreció el contrato de poblar 60 leguas de campo adquiridas por la Sociedad Pastoril Argentina en el radio de Fortín Diaz [sic] tuvo suma dificultad en hallar a algún baquiano que se atreviera a acompañarlo desde Santa Fe. Por fin pudo conseguir uno pero por poco tiempo. Por supuesto venían de a caballo y de noche dormían sobre sus recados. Una mañana el baquiano notificó a mi padre que no seguía más.

Al inquirirle los motivos de tal resolución le mostró su rebenque explicando que la lonja la había cortado del lomo de un indio y que durante la noche le había hablado el talero advirtiéndole que la venganza de los indios lo esperaba más adelante!

Pudo más la superstición y el miedo que los argumentos é [sic] incentivos que le ofrecía mi padre, así debió continuar solo hasta poder dar con los mojones que marcaban el predio buscado, logrado con ayuda de brújula y un plano.

El campo de «Fortín Diaz [sic]» fue adquirido en la suma de \$ 400 la legua con un plazo de 8 años para efectuar el pago.



Casco Estancia "La Belita".

---

4- Según una carta del primer Libro Copiador de Guillermo Melville, su llegada a esta zona se produjo en los últimos días del mes de diciembre de 1882. Miguel Ross, en tanto, lo hizo unos meses antes: desde octubre de ese mismo año era el encargado de poblar la estancia «La Belita». Valentín Melville confunde el año al hablar de 1881.

Cuando mi padre comenzó a levantar los primeros alambrados lo hizo con material transportado desde San Nicolás en carretas de bueyes, viaje que tardó 82 días en realizarse.

En ese entonces las diligencias terminaban su recorrido en Lavalle (hoy Pinto) pero ya al año siguiente continuó el recorrido hasta Fortín Gainza con un esmerado servicio de un viaje semanal.

Bien digo «esmerado» si pensamos que hoy, 82 años después, solo contamos con dos trenes semanales de pasajeros en Elordi y que la correspondencia difícilmente tardaría más días en llegar!

Sorpresas inesperadas aguardaban a nuestros antepasados cuando cruzaban las pampas. Misterios que yacerán para siempre en el misterio y cuyos únicos testigos serían la soledad, los caranchos y las pajas bravas.

Un día, según relataba mi padre, mientras estaba poblando «Fortín Diaz [sic]» iba cruzando campo cuando de pronto hizo un hallazgo que le hizo sujetar su caballo y permanecer largo rato en profunda meditación procurando hallar solución a la compleja adivinanza que tenía ante los ojos: si no una solución, al menos, algún porqué, algún cómo, de esa tragedia tan enigmáticamente escrita sobre las arenas del desierto pero nunca pudo hallar alguna que lo satisficiera [sic] plenamente.

El hallazgo consistía en los ya blancos huesos de un hombre, un león puma y caballo todos juntos [sic].

¿Qué había pasado? ¿Cómo hallaron la muerte aquellos tres seres? ¿El puma habría matado al caballo y el hombre y la bestia habrían peleado a muerte? ¿El hombre habría mal herido al puma y éste habría matado a los otros antes de sucumbir?

Nunca sabremos [sic]. El secreto está guardado en los archivos de la eternidad.

Otro hallazgo de mi padre se encuentra registrado en el libro de Partes Diarios de «La Belita» y dice textualmente:

«**23 de Septiembre de 1886:** Mr. Melville llegó a 3 Mojones y almorzó conmigo; fuimos a ver los restos de 9 hombres, recuerdo de los indios por las calaveras y los restos<sup>5</sup>».



Plano dibujado por Guillermo Melville en 1882 de la estancia Fortín Díaz. Copiador N°1 (realizado en papel de arroz y la tinta).

5- ¿Restos del combate donde murió Udanbarrena? (Uriarte de Gómez, Hebe y otras: 1997; p.45)

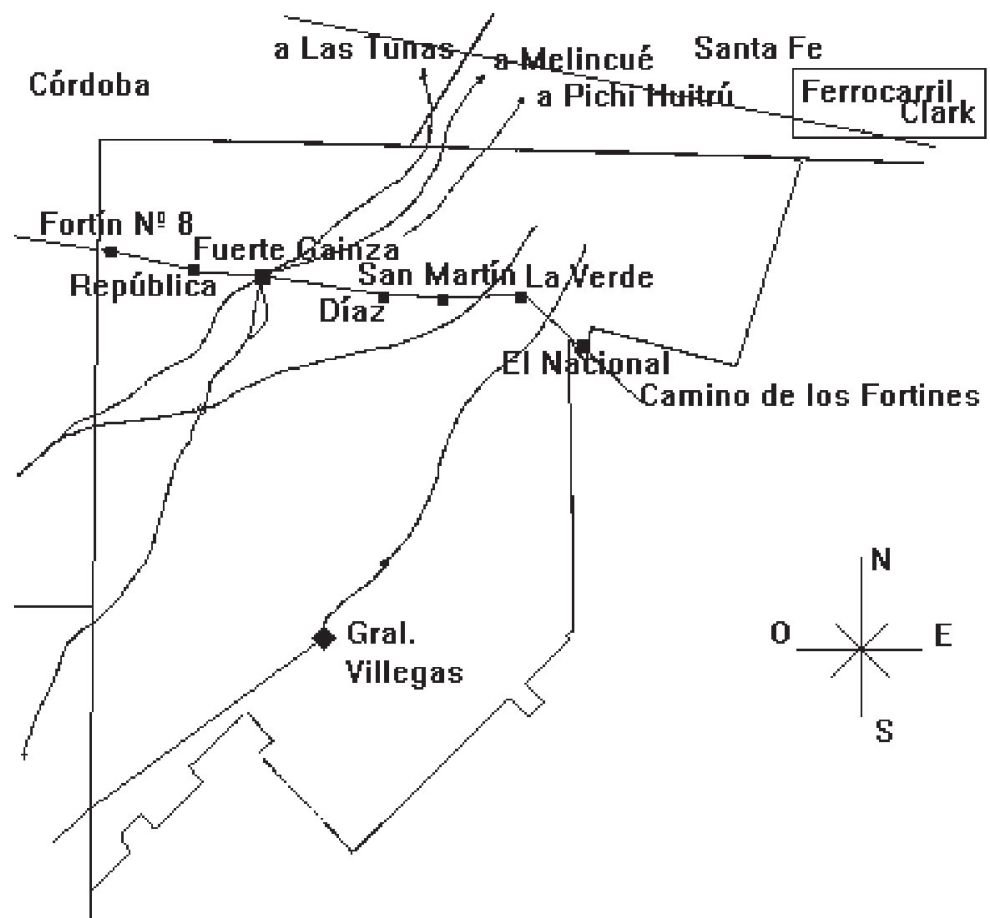
Ampliando sobre ésto [sic] mi padre consideraba que eran las víctimas de una pelea entre soldados e indios ya que algunos de los cráneos presentaban abolladuras como por efecto de un bolazo mientras otros estaban partidos como por el hachazo de un sable.

¡Duros tiempos aquellos! La pieza que servía de despensa en «Fortín Díaz [sic]» no tenía más puerta que un cuero que colgaba del marco; algo servía para resguardar los «vicios» de las inclemencias del tiempo pero de nada servía para protegerlos contra los rateros que se surtían de ellos en las horas de la noche hasta que se colocó un estante sobre el cual posaban aquellos cráneos de tal forma que cualquiera que entraba afrontaba una línea de macabras sonrisas.

Nunca volvió [sic] a faltar más cosas de la despensa.

Los mapas que tengo anteriores a la formación del Partido que ha [sic] legado de mi padre son en algunos casos motivos de confusión.

Tengo uno titulado “Plano de las Propiedades Rurales Ubicadas en los Partidos Fronterizos de la Provincia de Buenos Aires” y fechado 1881. La parte que corresponde a nuestro Partido actual está casi todo [sic] en blanco salvo el rincón N.O. donde figuran varias parcelas agrupadas con nombres de propietarios para mi [sic] totalmente desconocidos. Creo más probable que estos terrenos habrían sido vendidos por el Gobierno a personas que lo [sic] adquirieron con fines especulativos o por insistencia del Gobierno (como ocurrió con los Drabbles [sic]) pero que nunca fueron poblados, explotados o quizás vistos por sus primeros adquirentes.



Mapa de rastrilladas y fortines del partido de General Villegas

Quizás el plano más interesante que tengo está trazado y escrito con puño y letra de mi padre. En él figura la línea de fortines desde Fortín Central (cerca de Pazos Kanki) hasta Fortín N° 8 (cerca de Italó)<sup>6</sup> y abarcando el territorio al S. a una profundidad de 10/12 leguas. Minuciosamente están marcados en éste [sic] plano los médanos, las lagunas, los fortines, los jagüeles y los caminos. El único poblado que figura es «La Belita» (figura «Ross») aunque hay otro lugar que calculo estaría ubicado a unas 4 leguas al NNO. de Banderoló llamado San Genaro y que está dibujado como si fuera un médano pero que podría ser una costa ya que era el cruce de dos caminos, el de Fortín Gainza a Trenque Lauquen y de otro que pasaba entre los Fortines Nacional y San Martín y que seguía en dirección a Santa Rosa.

Solo dos caminos más figuran en el plano (sin contar el que uniría los fortines); ambos corrían de N. a S. a Trenque Lauquen, uno de ellos pasaba por los médanos de Moores y otro al E. de Fortín Central.

En el lugar donde está nuestra ciudad de Villegas no vemos más que la laguna marcada. Los lugares más cercanos que tenían apelativo eran la laguna de «Blanca Manca» y, donde está el médano de Moores, había los jagüeles [sic] de Ain el Có.

Volviendo al tema de los caminos sin duda éstos habrán existido antes de la Conquista del Desierto, trazado [sic] por los indios que volvían de sus malones con las haciendas que traían de Córdoba y Santa Fe a las grandes tolderías situadas en Trenque Lauquen y Leubucó<sup>7</sup>.

¿Qué necesidad de caminos en el tiempo de campos abiertos? En esos días las tierras eran fofas y los vasos de los caballos y haciendas se hundían hasta arriba de las coronas lo que haría más fatigosa y pesada la marcha. El paso de sucesivas tropas no solo habría afirmado el suelo en los caminos pero también aplastado a los pajonales que dificultarían a los arrees. También podemos estar seguro [sic] que tan avezados troperos ya tendrían demarcadas las líneas más rectas entre los lugares de aguas buenas para abreviar a sus caballos y reses.

Después de poblarse «La Belita» y «Fortín Diaz [sic]» la campaña empezó a transformarse. Otros siguieron las huellas. En el libro de partes diarios de «La Belita» de 1885 ya se nombran a «Palatinat» «Marion», «La Isleta», «La Ema», «Los Amigos», etc., sin duda habrían [sic] muchos otros que no menciona.

La transformación de las pampas naturales villeguenses fue rapidísima desde el 84 en adelante. Alambrados en siempre creciente extensión ya oponían el primer obstáculo que las libres llanuras habían conocido en su historia. El bagual ya tenía freno.

Con los alambrados las tierras tenían dueño y las haciendas estaban controlables [sic]. Ya no se dispersaban hasta el infinito cuando castigaban los temporales y las nevadas.

Contaba mi padre que después de un fuerte temporal las haciendas de «Fortín Diaz [sic]» llegaron hasta las inmediaciones de La Carlota en Córdoba [sic].

Otro adelanto casi tan trascendental como el alambrado fue varios años después, el molino a viento. Con la desaparición del indio, el cercado de los alambrados y el

---

6- El Fortín N° 8 se encontraba próximo al meridiano 5°, dentro de nuestro Partido. (Uriarte de Gómez, Hebe y otras: 1997; p.86)

7- Se refiere a las antiguas rastrilladas indígenas



abundante suministro de agua se había allanado el camino para la explotación ganadera. El desierto ya estaba domesticado o prácticamente domesticado. Mientras existían pajonales había aún un motivo de constante inquietud: el fuego.

Para no confundir a los lectores debo aclarar que en los tiempos que aún existían grandes extensiones de pajonales, eran muy previos al tiempo de los molinos.

Para ilustrar lo inquietante que eran los incendios no puedo hacerlo mejor que citar nuevamente algunos partes diarios de «La Belita» del año 1885 traducidos textualmente dicen así:

**Mayo 13:** ¡Fuego! ¡Fuego! León y yo (Ross) fuimos a «Marion» a apagar incendio. Antonio llevó rastra de cadenas. Mandé a Leon [sic] de vuelta a buscar más gente. El fuego es grande y cerca de Estancia Marion. León volvió con todo el personal de la Estancia menos dos pastores. Conseguimos dominar el fuego para la 1 de la tarde.

«**Mayo 14:** ¡Fuego! ¡Fuego! El campo de O'Dwyer incendiado por 3 carreros de tránsito a «Palatinat»... Todo el personal acudió al fuego».

«**Mayo 18:** ¡Fuego! ¡Fuego! Gran quemazón avanzó desde el Sud. Aspinall, Nicholson, A. Estrada, 4 peones y yo salimos y logramos desviar el incendio poco antes de la 1 de la mañana».

Ricardo vino a avisar que había un incendio cerca de su puesto y pidió ayuda».

«**Mayo 19:** ¡Fuego! ¡Fuego! Quemazón volvió para atrás durante la mañana. Flanagan, Montiel, Ricardo León, Plácido, Nicholson, Estrada y yo volvimos nuevamente y a duras penas salvamos el pasto del cercadío [sic]. Después fuimos a apagar un gran incendio en lo de Thompson regresando a las 12 para comer.

**Pago:** A Plácido por apagar incendios anoche y hoy ¡\$ 1!» (El signo admirativo es mío, no del diario).

¡Todo esto en el curso de una semana! Pero aún faltaba lo peor... el diario continúa:

«**Noviembre 9 de 1885:** ¡Gran incendio! (Nombra a 15 personas de la Estancia y prosigue) «... estuvimos toda la noche apagando el fuego. Bautista Grequen fue con rastra de hierro y cueros lanares mojados. Habíamos salido de acá a las 8 de la tarde y volvimos esta mañana a las 6. El fuego salía del campo hacia el S.O. Me acosté hasta las 11 pero tuve que salir nuevamente antes de las 12; el viento cambió al O. y el fuego volvió al campo. Todo el personal de anoche salimos a combatirlo».

«**Noviembre 10:** Todo el personal tan cansado que no pudimos empezar la esquila. Unos 9/10 del campo ha [sic] sido quemado.

El arado fue otro factor decisivo en la transformación de la zona que comprende a nuestro Partido. Ya a fines del siglo pasado transformó los pajonales y campos naturales existentes desde la era de los gliptodontes en grandes y productivos trigales.

Había empezado la Era de la Colonización en Villegas. Las tierras ricas en humus de siglos, benefició las abundantes cosechas de trigo, maíz y lino y grandes extensiones del Partido se destinaron a la agricultura. Colonos, italianos en su mayoría, fueron traídos de distantes lugares para dar vuelta a las tierras, mientras otros llegaban desde su patria natal para hacerse la América durante la cosecha y regresar después a su país de origen [sic].

Esa fiebre colonizante enriqueció a pocos y contribuyó a la destrucción de los pastos autóctonos de la zona que podía haber tenido gravísimas consecuencias en el futuro ganadero nuestro si no hubiera sido por otro factor transformador y de gran trascendencia: el cultivo de la alfalfa.

El [sic] alfalfa no solo aumentó enormemente la capacidad de ganado que podían llevar los campos, sino que permitió hacer reservas de forrajes, permitió un rápido engorde y, aún más importante, mantuvo la fertilidad del suelo.

Antes de cultivarse el [sic] alfalfa la capacidad de ganado de los campos cuando se empezó a poblar aquí se estimaba en 200 vacunos 300 lanares por legua cuadrada. Treinta años más tarde esos mismos campos ya sub-divididos y poblados con alfalfa llevaban 2.500 cabezas en igual extensión.

Entre otras de sus virtudes había [sic] su longevidad. Recuerdo haber visto en el año 1922 en «La Liliana» un alfalfar aún vigoroso que había sido sembrado en 1897, es decir, 25 años antes. Y no era esa ninguna excepción ya que muchos de los primeros sembrados cumplían ciclos que sobrepasaban los 20 y más años.

Entonces los alfalfares tenían menos enemigos y las aguas superficiales permitían que sus raíces llegaran fácilmente a ellas. Había poquísima tucura, no mucha isoca y no recuerdo haber visto nunca en mi juventud las telas de arañuela tan perjudiciales hoy.

En el orden vegetativo el primer serio competidor del [sic] alfalfa (no cuento a la cuscuta) era el cardo que llegó a su apogeo en la segunda década de este siglo formando verdaderos montes en las mejores tierras del Partido.

Después apareció la gramilla rastrera que empezó a invadir los campos desde las calles y recuerdo bien el pesimismo de los estancieros respecto al futuro de los alfalfares ante éste [sic] enemigo tan difícil de combatir é [sic] imposible de extirpar.

Similar temor produjo la aparición del Cardo Ruso pero que nunca ha cundido acá como en las tierras más arenosas.

Más recientemente nos llegó la Morenita y hoy la Mostacilla se ha convertido en el principal enemigo del [sic] alfalfa.



Son tantos los enemigos que tiene ahora el [sic] alfalfa y tan corto su ciclo de vida que gran parte de su utilidad se ha perdido pero necesariamente debemos de seguir cultivándola si deseamos preservar la fertilidad de nuestras tierras.

La transformación vegetativa de nuestros campos ha producido la inevitable transformación de nuestra fauna.

Con la destrucción de los pajonales desaparecieron muchas especies de la fauna natural que requería tal ambiente para su sobrevivencia.

La plantación de arboledas empezó a atraer pájaros que necesita [sic] esa vegetación para hacer sus nidos. Mientras tanto el gradual desecamiento de las lagunas causó el retiro de variedades acuáticas que permanecían acá durante todo el año.

La implacable persecución por el hombre y la acción destructiva de los arados sobre huevos y pichones está conduciendo al exterminio a especies que abundaban 80 años atrás.

Los arboríferos tal como los horneros, leñateros, Bien-te-veos [sic], calandrias y muchos otros similares que hoy son comunes, antiguamente solo podrían ser pasajeros migratorios.

En general, con la excepción del Aguilucho Langostero, podemos apreciar un aumento en las especies que se alimentan en [sic] granos y semillas y una disminución en los insectívoros.

Escasamente vemos ahora ejemplares de aquellas aves de las praderas como los pechos amarillos, pechos colorados, cachilas, chorlos, perdices, etc., insectívoros principalmente en su dieta mientras que notamos un enorme incremento de las variedades semilleras como las palomas, tordos, gorriones y mixtos, en años que tenemos cosechas sobre todo.

Quizás sea ésta una de las razones por la cual padecemos tanto de los estragos que nos producen los insectos. No solo se ha roto el equilibrio de la naturaleza con respecto de las aves, pero aún más con respecto a los animales silvestres.

Los armadillos, cuyo alimento básico y natural, son las isocas y gusanos de la tierra y larvas de hormigas han sido exterminados en algunas especies como ser el mataco (el más común de todos cuando mi padre vino a ésta), el hermoso y pequeño pichi ciego [sic], la suculenta mulita (casi exterminada) y muy disminuidos los pichis y peludos.

Otro gran devorador de isocas tan injustamente combatido es el zorrino y menos injustamente el zorro que se alimenta de cascarudos, cuyas larvas tanto daño nos hace en los sembrados, cuando no tiene corderos o gallinas como alternativa. Aquellas aves de las lagunas, gaviotas, ibis y cigüeñas, que antes eran nuestros inquilinos permanentes y que con tanta satisfacción observamos devorando a nuestras plagas, ahora no son más que visitas gratas, pero ocasionales.

Con el solo propósito de establecer período y lugar dejo constancia que yo obtuve mi ciudadanía villeguense en la Estancia «Drabble» cuando el siglo 20 todavía estaba en pañales.

Tuve la suerte de haber nacido a tiempo para conocer tres preciosas reliquias del pasado. El primero de ellos era el Potrero N°7 que lindaba con «Marión». Era éste un lote de 1.000 hectáreas que jamás había conocido el arado y por consiguiente conservaba intacto [sic] todas las características de las pampas vírgenes de antaño. En él conocí los pastos autóctonos: los pajonales de cortadera y paja colorada, pasto puna y té pampa, flor morada y pasto salado y tantos otros que hoy raramente se ven.

Escondido [sic] entre los pajonales había una pequeña laguna permanentemente con agua donde nunca faltaba algún pájaro acuático apto para el estudio o la cacerola. Allí tuve la suerte de ver una nutria un buen día y que pronto desapareció debajo del agua y como por magia no se dejó ver más.

Allí también ambulaban tranquilos y despreocupados [sic] una cuadrilla de gamas, quizás las últimas que quedaban el Partido.

Abundaban también las [sic] avestruces; y las pajas eran refugio y guarida y último reducto de muchas especies de la fauna que no ha [sic] podido sobrevivir las consecuencias de la reja.

La otra reliquia del pasado a que hice referencia quedaba en el otro extremo del campo lindando con «La Cantábrica». Ahí estaba el médano. Allí pasé muchas horas de mi muchachez en busca de aquellas puntas de flechas, boleadoras, cuentas, trozos de cacharros y otros artefactos dejado [sic] por los indios en la época de su reinado.

La tercera reliquia se llamaba don Cisto Valverde. Reliquia de un pasado rudo, noble e histórico. Don Cisto era el único verdadero gaucho que ha [sic] tenido el privilegio de haber conocido y cuando quiero mirar hacia atrás cuando quiero vislumbrar lo que era el gaucho bueno, el gaucho fiel, el gaucho de la leyenda y de la evocación, entonces pienso en don Cisto.

Llevaba un aro en la oreja; vestía siempre de chiripá; su larga barba blanca, su aire de dignidad, su mirada franca y directa imponía el respeto de un gran patriarca. Era gran amigo de mi padre. Juntos habían padecido muchas de las penurias y sufrimientos de los tiempos pobladores y ya a la vejez volvía don Cisto a disfrutar el sol poniente de sus días al lado de su viejo amigo en Estancia «Drabble».

Aunque era mi intención de limitarme [sic] a historiar solamente la evolución y los cambios producidos en los campos de nuestra Patria chica de Villegas, me vuelve a la



*Guillermo Melville en la Estancia Drabble.*

mente un acontecimiento que no está relacionado con nuestro agro pero, si [sic], con nuestra historia de Partido.

Me refiero a aquella pugna entre Elordi (ex-Caldenes) y General Villegas (ex-Tres Arbolitos) a cuál sería [sic] cabeza de Partido y que adquirió dramáticos contornos, cuando patrullas bien armadas y mal dispuestas, llegaron hasta las mismas puertas de Elordi en franco tren de guerra. Por suerte fue [sic] impuesto un feliz entendimiento. Villegas se llevó las oficinas recaudadoras y Elordi se quedó con el cementerio!

El tiempo ha disipado aquellas nubes y nuestros hacendados y colonos se ven librados de las penurias y dificultades de sus antepasados, aunque nos estamos encontrando amenazados por el peligro de un gradual desecamiento de nuestro ambiente. El tiempo solo podrás decir si es temporario o crónico.

Las aguas del subsuelo que a fines del siglo estaban a escasos centímetros debajo del nivel de la tierra, están ahora a 10 o más metros de profundidad. Las lagunas tan profusamente marcadas en el plano de mi padre en los 80° han desaparecido.

El regimen [sic] de lluvias, medido y controlado por mi padre con suma prolijidad durante los 30 años que precedieron a su fallecimiento en 1927, arrojaban un promedio anual superior a los 800 milímetros, en tanto que el registro que llevo yo en esta parte, con igual cuidado durante los últimos 30 años, demuestran una merma de 100 milímetros anuales. Quizás sea una merma transitoria; 30 años en la historia del mundo y de la eternidad no es más que un suspiro, pero dudo si volveremos a ver los exuberantes maizales de otros días, o los flamencos, los cisnes y los juncales de aquellas épocas.

La historia de nuestras pampas fué [sic] grabada en el suelo arenoso de su piso y borrado [sic] por los vientos del Tiempo. Los fortines han bajado al plano ras de los campos. La zanja de Alsina ha quedado una mera depresión, cuando no imperceptible a la vista. Todo ha pasado, tapado por el polvo, los pastos y el olvido en menos de un siglo.

Los pioneros y los gauchos que colocaron la piedra basal agropecuaria de nuestro Partido con sangre, con sudor y con coraje, yacen en bien ganado descanso. Hacemos bien en recordarlos de tanto en tanto. Con la llegada del año 1879 terminó el capítulo de una época, la Era de los Ranqueles, corrídos [sic] y ahuyentados por el retumbo de los cascos de los gloriosos blancos de Villegas.

En 1880 se empezó a vivir la Era de la Colonización. Muchos vientos han soplado a través de las llanuras en ese lapso pero aún tenemos vivientes los modernos blancos de Villegas y son éstos nuestros productores agropecuarios: ¡blancos eternos de los tiros de la escopeta fiscal!

¡Ojalá si dentro de 80 años algún futuro villeguense que continúe la historia de nuestro pago, no tenga que relatar, con la misma nostálgica tristeza que evoco yo la desaparición de la gama y el matabaco, la extinción de la martineta y del Productor Agropecuario por obra de la desaprehensión [sic] humana.

*Valentin Melville*

*Las fotografías de la familia Melville que aparecen en la presente publicación pertenecen a Máxima de Agudín y Sara Agudín.*

*El Centro de Historia Regional de la Biblioteca Pública, Municipal y Popular «Domingo F. Sarmiento» desea agradecerles su gentil aporte.*

## **Bibliografía consultada**

-URIARTE DE GÓMEZ, Hebe; CASTILLO, Nieves y BARGERO, Patricia. Hechos que no se llevó el tiempo. Gral. Villegas, Biblioteca Pública, Municipal y Popular «Domingo F. Sarmiento», 1997.

-URIARTE DE GÓMEZ, Hebe y CASTILLO, Nieves. Ralph y George Newbery. Las andanzas de dos yanquis por las pampas. (De próxima aparición)

-Material cartográfico y fotografías pertenecientes al Centro de Historia Regional de la Biblioteca Pública, Municipal y Popular «Domingo F. Sarmiento».

El Centro de Historia Regional de la Biblioteca lleva cerca de 30 años buscando en los recuerdos de Villegas personajes históricos, sucesos y leyendas que hacen a nuestra identidad. Todos son importantes, pero difieren en la cantidad de información que sobre ellos se conserva, o en la extensión temporal que abarcaron y, muchas veces, el hilo que los une no es tan fuerte como para formar un cuerpo más extenso, a modo de libro.

Para ellos se pensó esta colección de textos de divulgación histórica, que permitirán darle a cada momento del pasado de Villegas, a cada persona que participó en la creación de la identidad de este lugar, un sitio en nuestra Biblioteca.

Iniciamos este recorrido con Don Eduardo Clark, uno de los primeros aventureros en llegar a esta zona y construir, de la nada, nuestra ciudad. Su dedicación a la creación y el desarrollo de las instituciones públicas de Villegas, su aporte continuo y desinteresado a la comunidad, y el legado en forma de memorias que nos dejó de esos primeros años, lo hicieron merecedor -a nuestro criterio- de inaugurar esta colección.

Hebe Uriarte y Nieves Castillo